

Cultivemos nuestros jardines

Dentro y fuera de la Torre de Michael de Montaigne

Adolfo Castañón

Cierto: la Torre de los Ensayos está hecha de libros. Es una conversación incesante entre citas que se afinan. Pero la Torre, pozo y tubo de ensayo, Babel introvertida que busca o inventa la unidad, es un espacio, y sus libreros sigilosas máquinas de amnesia que buscamos enseñarnos a vivir.

El centro de la Torre está vacío. En el centro de la Torre está Montaigne, y en él —tensa oscuridad, espacio vacío entre las sentencias— la duda. Así los Ensayos se yerguen como una construcción para albergarla. No una morada para la tesis sino para el paréntesis. Son los Ensayos en cierto modo un invernadero pues la duda aparece como la planta más frágil del jardín donde prosperan, espontáneas y exuberantes, las ideas y las creencias. Al revés de lo que se piensa, esa duda está lejos de ser estéril. Su fruto, raro y excepcional no suele madurar, se malogra. Ese fruto es el sentido, facultad que suele atrofiarse en beneficio de la obediencia mental que es la memoria. El sentido: juiciosa facultad que es como la mano que sostiene y articula los otros cinco.

El centro de la Torre —recordémoslo— está vacío, sólo mana en su bontanar el juicio, aire de la eterna juventud. Si el centro de la Torre está vacío, su señor va desnudo pues que ha renunciado a todos los bienes que no provengan de él mismo y sólo anela las propiedades que pueda transmutar plenamente y llamar suyas en la acepción química de la palabra. Único, sólo quiere tener lo que él mismo pueda llegar a ser. Esa es su tarea. La Torre sólo es su instrumento, un microscopio, un telescopio, un tubo de ensayo donde las soluciones de la memoria se precipitan y se catalizan las sales de la anécdota en cristales de argumentación. Pero más que un abrigo la Torre parece un eje y la duda el punto inmóvil a cuyo alrededor gira la rueda de la fortuna. De la gozosa transformación de esa perplejidad en juicio y sentido depende en buena parte que seamos capaces de transformar la fortuna en historia, el accidente en responsabilidad. Por la Torre vacía de Montaigne se circula hacia esa conducta.

Se publican aquí en primer lugar las sentencias grabadas por Montaigne en la Torre de Eyquem, tomando como fuente la edición de Obras Completas de la Pleiade (Paris, 1992). Esas sentencias pueden considerarse semillas de los Ensayos. Casi todas figuran originalmente en griego o en latín. En no pocos casos subsiste la delicada cuestión filológica de la ubicación de los textos correspondientes, cosa que remite a una de las cuestiones básicas de la erudición montañesa: las fuentes de Montaigne.

Las citas de la segunda sección han sido elegidas, si no al azar, más como un autorretrato oblicuo del responsable que como una cifra imposible del vasto e inagotable Montaigne, autor de todas nuestras edades.

Arriesgo una traducción libre, sin ignorar la tarea de Diego de Cisneros, Constantino Román y Salamero, Luis de

Zulueta, Enrique Diez Canedo, Ezequiel Martínez Estrada, Manuel Granell, Juan G. de Luaces, Ricardo Sáenz Hayes, Enrique Azcoaya, María Dolores Picazo y Almodena Montejo, los traductores de Montaigne a nuestra lengua. Más allá, debe subrayarse sin embargo, que la ausencia ubicua de Montaigne en el pensamiento hispánico y hispanoamericano ni es casual ni está divorciada de efectos secundarios de índole cultural y aun política, de modo que esa vuelta a Montaigne palpable en Occidente, según apunta Carlos Tliebault, resulta, en el contexto iberoamericano, apenas, tímida e incipiente, una idea.

DENTRO DE LA TORRE: LAS SENTENCIAS

1. El fin del saber para el hombre está en considerar como bueno lo que suceda y en no preocuparse de lo demás.
Eclesiastés
2. Dios ha dado al hombre el gusto del conocimiento para atormentarlo.
Eclesiastés
3. El viento hincha los odres vacíos; la fatuidad a los hombres sin juicio.
Estobeo, Sentencias
4. Todo lo que está bajo el sol tiene la misma ley y fortuna.
Eclesiastés
5. La vida más dulce consiste en no pensar en nada.
Sófocles, Áyax
6. No es de esta forma ni de la otra, ni de ninguna de las dos.
Sexto Empírico, Hipótesis, I, 19
7. La noción de todo el mundo de cosas que Dios ha hecho está en nosotros —tanto de las mayores como de las menores.
Eclesiastés
8. Pues veo que, en la medida en que somos, no somos nada más que fantasmas o, apenas, una leve sombra.
Sófocles, Áyax, citado por Estobeo en De Superbia
9. ¡Oh, desgraciados espíritus de los hombres! ¡oh, corazones ciegos! ¡En cuantas tinieblas de vida y en cuantos peligros transcurrir el poco tiempo que tenemos!
Lucrecio, La naturaleza de las cosas, II, 14.
10. Quien por ventura se toma por un gran hombre, se verá abatido completamente al primer pretexto.
Eurípides, citado por Estobeo De la soberbia

11. Todas las cosas, junto con el cielo y la tierra, no son nada junto al gran Todo.
Lucrecio. *La naturaleza de las cosas*, vi. 678
12. ¿Has visto algún hombre sabio en su propia opinión? Más esperanza hay del necio que de él.
Proverbios 26.12
13. Así como ignoras cómo está unida el alma al cuerpo, así ignoras la obra de Dios.
Eclesiastés. xi.5
14. Puede ser así y puede no ser así.
Sexto Empírico. *Hipotiposis*, i. 22
15. Lo bueno es admirable.
Platón. *Cratilo*
16. El hombre es de arcilla.
17. No seáis sabios en vuestra propia opinión.
San Pablo a los *Romanos* xiii.16
18. La superstición obedece al orgullo como a su padre.
Estobeo, *De la soberbia*
19. Dios no deja que nadie, salvo él mismo, se enorgullezca.
20. No temas ni desees tu último día.
Marcial, *Epigramas*. x. 47
21. ... porque no sabes qué es lo mejor: si esto o aquello o si lo uno y lo otro es igualmente bueno.
Eclesiastés, ii. 6.
22. Soy un hombre, considero que nada humano me es ajeno
Terencio. *Heautontimorumenos*, i
23. No por temor a ser estúpido seas más sabio de lo necesario.
24. Y si alguno presume de su saber, no sabe aún qué es saber.
San Pablo a los *Corintios*, 7. 2
25. Si piensa que es algo, el hombre que es nada, se seduce y engaña.
San Pablo a los *Galatas*, 6. 2
26. No seáis más sabios de lo necesario; sed sabios con sobriedad.
San Pablo, *Epístola a los Romanos*, xii. 3
27. Ningún hombre ha sabido ni sabrá nada de cierto.
Jenófanes. Tomado de Sexto Empírico
28. ¿Quién sabe si morir es lo que se llama vivir y si morir es vivir?
Eurípides, citado por Estobeo
29. Todas las cosas son demasiado difíciles para que el hombre pueda comprenderlas.
Eclesiastés, i. 8
30. Se pueden decir muchas palabras en un sentido y en otro.
Homero, *Iliada*, xx. 249
31. La especie humana está excesivamente ávida de cuentos.
Lucrecio, *De Natura rerum*, iv, 598
32. Cuánta inanidad en las cosas.
Persio, i. 1
33. Vanidad por todas partes.
Ecl., i. 2
34. Guardar la medida, observar el límite, seguir la naturaleza.
Lucano, *Farsalia*
35. ¿Por qué glorificarte, tierra y ceniza?
Eclesiastés, x. 9
36. ¡Ay de los sabios en sus propios ojos!
Isaías, v. 22.
37. Goza agradablemente del presente; lo demás está fuera de ti
38. A cualquier razonamiento se le puede oponer un razonamiento de igual fuerza.
Sexto Empírico, *Hipotiposis*, i. 6
39. Vaga nuestro espíritu en las tinieblas y, ciego como está, no puede distinguir lo verdadero.
Michel de l'Hospital
40. Dios ha hecho al hombre semejante a la sombra. ¿Quién la juzgará a ella cuando se desvanezca al alejarse la luz?
Eclesiastés, 7
41. Nada es cierto sino la incertidumbre, y nada hay más miserable y más orgulloso que el hombre.
Plinio, *Historia natural*
42. De todas las obras de Dios, ninguna es tan desconocida a cualquier hombre como los vestigios del viento.
Eclesiastés, xi
43. Cada uno de los dioses y de los hombres tiene sus preferencias.
Eurípides, *Hipólito*
44. La opinión que tienes de tu importancia te perderá porque te crees alguien
45. Los hombres se atormentan por la opinión que tienen de las cosas; no por las cosas mismas.
Epicteto, *Enquiridión*, x, en Estobeo.
46. Conviene que el mortal tenga pensamientos que no se elevan por encima de los hombres.
Eurípides, *Cólquida*, tomado de Estobeo
47. ¿Por qué fatigar tu espíritu con proyectos eternos que lo sobrepasan?
Horacio, *Odas*, ii. xi. xii

48. Los juicios del Señor son un profundo abismo.
Salmos, 35. 7
49. Yo no decido nada.
Sexto Empírico, *Hipotiposis, 1*
50. No comprendo.
Sexto Empírico, *Hipotiposis, 23*
51. Suspendo mi juicio.
Sexto Empírico, *Hipotiposis, 26*
52. Yo examino.
Sexto Empírico, *Hipotiposis, 26*
53. Guiándose por la costumbre y por los sentidos.
54. Alternar los argumentos.
55. No puedo comprender.
Sexto Empírico
56. Nada más.
57. Sin inclinarse hacia ningún lado.

FUERA DE LA TORRE: MUESTRAS

- En París hablo un lenguaje distinto al de Montaigne.
Ensayos, III. V
- A mi entender, algo sabía el que dijo que un buen matrimonio era el que se componía de una mujer ciega y un marido sordo.
Ensayos, III. V

Aquellos que rechazan las ideas serias en medio de los juegos hacen, dijo alguien, como aquél que teme adorar la imagen de un santo si carece de pedestal.

Ensayos, III. V

La grandeza del alma no consiste tanto en tirar hacia arriba o hacia adelante como en saber contenerse y circunscribirse; tiene por grande lo que es suficiente y muestra su altura gustando más de lo mediano que de lo eminente. Nada hay tan hermoso y legítimo como hacer el bien como es debido, ni ciencia tan ardua como la de saber vivir esta vida, y la más feroz de nuestras enfermedades es el menosprecio de nuestro ser.
Ensayos, III. XIII

Turbamos la vida con la zozobra de la muerte y la muerte con la zozobra de la vida; una nos llena de hastío; otra, de espanto. No nos preparamos contra la muerte, que es cosa harto momentánea; un cuarto de hora de pasión, sin consecuencia, sin daño, no merece preceptos particulares; a decir verdad, nos preparamos contra la preparación para la muerte.

III. XIII

(la muerte) es el final no el fin de la vida; es su término, su extremidad, no su objeto; la vida ha de ser para sí misma su

intención, su propósito; su recto estudio está en acomodarse, conducirse, soportarse. En el número de los otros vacíos oficios que comprende el general y principal capítulo del saber vivir está el artículo del saber morir y sería de los más leves si nuestro temor no le añadiera peso.

Ensayos, III. XIII

Las cosas no son tan dolorosas y difíciles en sí mismas; pero nuestra flaqueza y cobardía las vuelve tales

Ensayos, I. XI

La muerte más voluntaria es la más hermosa; la vida depende de la voluntad ajena, la muerte de nuestra voluntad.

Ensayos III. III

Entre personas de buen trato, me gusta la valentía de la expresión y que las palabras lleguen hasta donde alcanza el pensamiento; es necesario que nos fortifiquemos el oído y lo endurezcamos contra la ternura del sonido ceremonioso de las palabras. Me gusta la compañía y familiaridad fuerte y viril, una amistad que se sienta halagada por la aspereza y vigor de su comercio, como el amor con los mordiscos y sangrientos arañazos; nunca será cumplidamente vigorosa y generosa, si no es beligerante, si es civilizada y artista, si teme choques y se muestra como contenida. "Y, en efecto, no hay discusión posible sin contradicción" (Cicerón, *De los fines*, I. VIII). Cuando me llevan la contraria, se despierta mi atención, no mi cólera.

Ensayos, III. VIII

Los que llamamos monstruos no lo son para Dios, que en la inmensidad de su obra ve la infinidad de las formas que ha comprendido

Ensayos, II. XXX.

Nada oprime tanto a un Estado como la innovación; el cambio da por sí mismo forma a la injusticia y a la tiranía.

Ensayos, III. IX

Pero, por más que digamos, la costumbre y el hábito de la vida corriente nos arrastran. La mayoría de mis actos están guiados por el ejemplo, no dependen de mi elección.

Ensayos, III. V

Propongo una vida baja y sin esplendor, todo es igual. Podemos unir toda la filosofía moral a una vida popular y privada como a una vida de más alta alcurnia; cada hombre encierra toda la forma de la condición humana.

Los autores se dan a conocer a la gente por algún signo particular y externo; y soy el primero que da a conocer todo su ser, en mostrarme como Michel de Montaigne, no como gramático o poeta o jurisconsulto. Si el mundo se queja de que yo hablo demasiado de mí mismo, yo me quejo de que él no piense sólo en sí mismo.

Ensayos, III. II

Me dan bastante los príncipes cuando nada me quitan y harto bien me hacen cuando no me hacen mal alguno.

Ensayos III. IX □